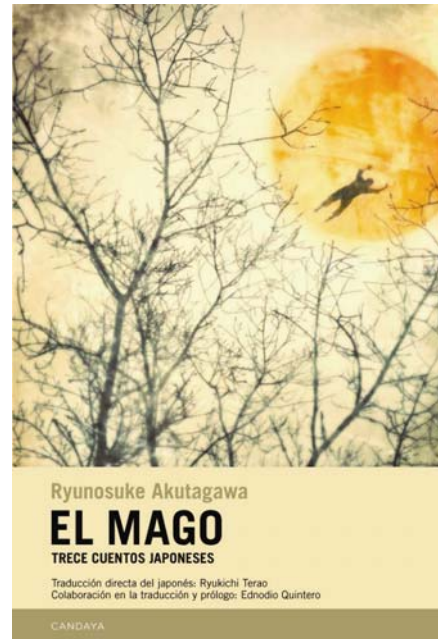


Ryunosuke Akutagawa

El Mago. Trece cuentos japoneses.

Traducción del japonés: Ryukichi Terao
Prólogo y colaboración en la traducción: Ednodio Quintero

Candaya Narrativa
188 págs.
PVP 15 €



LA OBRA: EL MAGO. TRECE CUENTOS JAPONESES

Cuando el 24 de julio de 1927, el escritor Ryunosuke Akutagawa (1892-1927) se quedó dormido para siempre abrazado a una Biblia, tras haber ingerido una dosis letal de cianuro de potasio, estaba naciendo una de las leyendas más sólidas y perdurables de la literatura japonesa del siglo XX. Conocido en Occidente sobre todo por *Rashômon* (la inolvidable película de Akira Kurosawa, basada en dos cuentos suyos), en Japón existe unanimidad en considerar a Akutagawa el mayor cuentista de todos los tiempos, a la altura de los grandes maestros occidentales del género como Maupassant, Chejov o Poe. Akutagawa fue, sin duda alguna, un maestro de las formas breves, adelantándose y quizá influyendo a famosos escritores como Borges, Hemingway o Carver.

La obra de Akutagawa ha sido ampliamente difundida en todos los idiomas modernos, sin embargo, la traducción de sus escritos se ha limitado a un pequeño grupo de relatos de los casi doscientos que integran sus obras completas. De ahí la importancia y relevancia de la publicación de *El mago. Trece cuentos japoneses*, pues a excepción de "El mago" (nueva versión del cuento que Borges tradujo del inglés con el título de "Sennin") y "Mandarinas", los otros once relatos, traducidos directamente del japonés, son inéditos en español.

Literatura de insólitos y variados registros que oscilan -como apuntaba Jorge Luis Borges- entre lo "encantador" y lo "terrible", el lector de *El mago, Trece cuentos japoneses*:

- Será testigo, en "El mago", de una inesperada y sorprendente experiencia de iluminación budista.
- Transitará por episodios casi de revelación como el que experimenta el descreído narrador de "Mandarinas", cuando descubre la delicadeza con que una humilde muchacha se despide para siempre de sus hermanos pequeños.
- Será expulsado al infierno de las relaciones familiares en "Villa Genkaku", demoledora radiografía sobre la decadencia de un artista y la degradación de la vejez.

- Sonreirá desconcertado con un peregrino relato multivisional ("Crónica de la cuenta liquidada"), que fusiona con atrevimiento lo policial y lo fantástico.
- Seguirá el camino iniciático de un hombre que, en estado de ensoñación, se hunde en las turbias aguas para hablarnos con la voz de los muertos ("Pantano").
- Se inquietará ante la oscura rivalidad por un mismo hombre de dos hermanas que se quieren con ternura ("Otoño").
- Compartirá el desconcierto de quien descubre que un recuerdo que ha conservado toda su vida (el fugaz diálogo con un apuesto joven francés en una remota fiesta) fue el desencadenante de una ficción narrativa ("El baile de Akiko").
- Descubrirá cómo una fábula tradicional puede reinterpretarse en clave existencial ("Pavo real").
- Aprenderá a aceptar la normalidad cotidiana de lo extraño y lo insólito ("Una historia extraña").
- Se sentirá entrañablemente cómplice de la cándida muchacha prostituta y cristiana que protagoniza "El Cristo de Nanking".
- Se internará en el Japón rural más profundo y feraz, en una historia que prefigura algunos de los cuentos de Juan Rulfo ("Un pedazo de tierra").

Ryunosuke Akutagawa sorprende al lector contemporáneo por sus habilidades innatas como narrador y por su sorprendente manejo de diversas estrategias narrativas que sabía combinar como un consumado tahúr: la microscópica capacidad de observación; la delicadeza introspectiva con que revela al lector los más sutiles matices psicológicos; la destreza para impactar y seducir con una imagen o revelar el mundo a través de un detalle minúsculo; la precisión exquisita de la narración pausada; el uso hipnótico y poético de las repeticiones; el ajustado retrato de personajes atormentados, desgraciados, frágiles, ingenuos o conmovedores; la pericia para envolver al lector en una red de turbias relaciones e intrigas de la que no le es fácil escapar...

Pero, más allá de sus capacidades técnicas, son la profunda sensibilidad de Ryunosuke Akutagawa, su atrevimiento al explorar los deseos más oscuros e inconfesables del hombre, y su magistral y a menudo dramático conocimiento de la condición humana, los que le permitieron crear piezas tan sutiles y delicadas como las que integran este libro. Y es que sólo la gran versatilidad de Ryunosuke Akutagawa y su prodigiosa habilidad para generar emociones intensas sin caer nunca en el sentimentalismo fácil pueden explicar el gran atractivo que ha ejercido su obra en lectores de diversas generaciones y lugares.

EL AUTOR: RYONUSUKE AKUTAGAWA

Ryunosuke Akutagawa (1892-1927) nace el 1º de marzo de 1892 en el barrio tokiense de Irifunecho. Debido a la enfermedad (al parecer esquizofrenia) de su madre, que murió en 1902, fue adoptado por el hermano mayor de ésta, Michiaki Akutagawa. Su tía política le atormentó durante toda la infancia diciéndole que padecía de la misma enfermedad que su madre. Este hecho traumático marcó profundamente su carácter y su obra.



La vocación de Ryunosuke Akutagawa por la literatura es ciertamente temprana, pues ya a los diez años funda junto a un grupo de compañeros una revista donde escribe breves artículos y poemas.

Lector voraz, al ingresar a la universidad se inclina por los estudios de literatura inglesa. Alucinado y genial, admirador y conocedor de la cultura occidental, y con un insuperable dominio de las literaturas japonesa y china, se dedicó básicamente al cuento convirtiéndose en un renovador y reinventor del género. Considerado como maestro de las formas breves, en Akutagawa destaca su afán de exactitud y precisión, y sus rigurosas búsquedas formales, impregnadas de cierto humor negro y de una inquietante angustia existencial.

Su primer libro de cuentos, *Rashōmon* (1915), contiene uno de los dos relatos que inspiraron el inolvidable film homónimo de Akira Kurosawa. A éste siguieron *Hana* (*La nariz*, 1916), *Jigokuhen* (*El biombo del infierno*, 1918), entre otros, para culminar con las novelas cortas *Kappa* (1927), una fábula en la tradición de Jonathan Swift, y *Haguruma* (*El engranaje*, 1927), una especie de testamento o relato autobiográfico, que es en esencia la premonición del suicidio de Akutagawa, acaecido ese mismo año.

A pesar de morir con sólo 35 años, Akutagawa dejó escrita una obra amplia y vanguardista obra cuentística, reconocible sobre todo por tratar temas de gran crudeza psicológica, lo que lo convirtió en uno de los autores más inquietantes, versátiles, problemáticos y discutidos del siglo XX.

En el año 1935, apenas 8 años después de su muerte, por iniciativa de su amigo el también escritor Kikuchi Kan, se creó el premio literario Ryunosuke Akutagawa, dedicado a los escritores emergentes, que continúa siendo hasta el presente el galardón de más prestigio entre los narradores japoneses.

De Ryunosuke Akutagawa la crítica ha dicho:

“La figura de Ryunosuke Akutagawa ha venido creciendo de forma sostenida, como la sombra de un gran árbol solitario plantado en medio del desierto cuando el sol se acerca al ocaso. Los lectores que saben apreciar la gran literatura, distinguiéndola de los fenómenos de moda, valorizan cada día más la obra de este soberbio narrador, orgullo de la literatura japonesa del siglo XX. La fluidez expresiva de su prosa, su capacidad de generar emociones, su estilo inconfundible basado en la perfección de la forma y su profundo conocimiento de lo humano, lo han convertido en un autor imprescindible. En su breve y atormentada vida Akutagawa nos legó un preciado tesoro: la obra perdurable de un autor que logró escribir como nunca nadie antes lo había hecho.” **(Del prólogo de Ednodio Quintero)**

“Discernir con rigor los elementos orientales y occidentales en la obra de Akutagawa es acaso imposible. Los temas y el sentimiento son orientales, pero ciertos procederes de su retórica son europeos. En cambio, cierta tristeza reprimida, cierta preferencia por lo visual, cierta ligereza de pincelada, me parecen, a través de lo inevitablemente imperfecto de toda traducción, esencialmente japonesas. La extravagancia y el horror están en sus páginas, pero no en el estilo, que siempre es límpido.” **(Jorge Luis Borges)**

“Un escritor nato de relatos y narraciones breves y un estilo de escalofriante belleza... sus mejores cuentos pueden leerse una y otra vez sin perder nunca su interés” **(Haruki Murakami)**

“El escritor japonés Haruki Murakami (Kioto, 1949) se refiere a su antecesor y compatriota Ryunosuke Akutagawa como a uno de esos pianistas con un don tan raro como natural, dotados de un poder que les permite mover los dedos sobre el teclado superando aun a la velocidad del pensamiento. Así, la música y la historia brotando por encima de toda partitura o página preestablecida.” **(Rodrigo Fresán)**

“Akutagawa vivió sus últimos años aterrado por el estigma de la locura –su madre padeció esquizofrenia–, y su suicidio hace pensar en los de otros genios malogrados de su época, como el ruso Garshin. “Ahora que estoy listo, encuentro la naturaleza más hermosa que nunca, paradójico como suene”, escribió en una carta de despedida a un amigo. Semejante final parece en Akutagawa, más que una vía de escape personal, una suerte de declaración de principios contra la decadente sociedad de su tiempo. Esa letanía se palpa en estos descarnados relatos sobre el abismo interior de Akutagawa, no sólo uno de los grandes de la literatura japonesa moderna, sino de toda la narrativa del siglo XX.” **(Sergi Bellver)**

Cuatro fragmentos de *El Mago. Trece cuentos japoneses*:

¿Una dama tan hermosa también viviría como una muñeca en una casa de papel y bambú? ¿Comería con los delgados palitos de metal los granos de arroz servidos en una taza con dibujos de flores azules, tan pequeña como la palma de su mano? Estas preguntas parecían dar vueltas en las pupilas del francés al son de su sonrisa afectuosa, lo que produjo en Akiko al mismo tiempo un sentimiento de gracia y cierto orgullo. Sus zapatos finos de baile color rosa se deslizaban con más presteza sobre el piso, cada vez que la mirada curiosa del francés se fijaba en sus pies. **(“El baile de Akiko”)**

Desterrado en definitiva de la casa de sus amos, Blanco rondó todo Tokio sin rumbo fijo. Hiciera lo que hiciera, no lograba disipar de su mente la imagen de su propia figura, que se había convertido en negra por completo. Temía al espejo de la peluquería que reflejaba los rostros de los clientes, a los charcos que mostraban el cielo después de la lluvia y a los cristales de las ventanas que recogían las

imágenes frescas de las flores de primavera. Llegó incluso a asustarse ante una jarra de cerveza negra, colocada sobre la mesa de una cafetería. Pero ¿cómo huir de todo esto? En la ciudad abundaban los objetos reflectantes que lo asustaban con sus siniestras proyecciones. En esta ocasión apareció un enorme auto negro, estacionado a orillas de un parque, y la puerta barnizada reflejó con asombrosa fidelidad, como si se tratara de un espejo, la figura del perro que se había acercado sin percatarse. Blanco lanzó un gemido lastimero y corrió a esconderse. (**"Blanco"**)

Cuando llegué al pie del puente, ya había un montón de curiosos alrededor de la cabeza. No se veía nada anormal entre los objetos que rodeaban el cráneo recién desgajado del ajusticiado –una tabla blanca de madera con la lista de los crímenes cometidos por Jinnai, un oficial menor cumpliendo tareas de vigilante–, pero... esa cabeza colocada sobre una especie de trípode armado con palos de bambú, ese grotesco rostro ensangrentado... En medio del bullicio, me quedé paralizado al reconocer el rostro exangüe del degollado. No, no se trataba del hombre que yo había conocido: Jinnai Macao. Las cejas gruesas, los pómulos salientes, la cicatriz resultante de una cuchillada en la frente, nada tenían que ver con el rostro de Jinnai Macao. Me sentí tan mareado que llegué a perder la visión, como si todo lo que me rodeaba –la luz cruda del sol, el impertinente gentío, y aquella cabeza expuesta a la intemperie– se hubieran fugado hacia un mundo remoto. La cabeza del degollado no era la de Jinnai sino la mía, me pertenecía a mí, a ese mismo yo de hacía veinte años, justo cuando le salvé la vida a Jinnai. "¡Yasaburo, hijo!", habría gritado de no haber sido porque se me paralizó la lengua, pero permanecí mudo, temblando sin cesar como un apestado.

¡Yasuburo! Observé el rostro muerto de mi pobre hijo como si se tratara de un espectro. (**"Crónica de una deuda liquidada"**)

Camino a orillas de un pantano.

No sé si es de día o de noche. Sólo alcanzo a escuchar el canto de una garza azul, oculta en algún sitio, y apenas vislumbro el cielo, a medias iluminado, entre las copas de los árboles cubiertas por la hiedra.

Cañas que superan mi estatura cubren, como con cautela, la superficie del pantano. El agua, las plantas acuáticas, todo está inmóvil, al igual que los peces que se esconden allá en las profundidades –¿O será acaso que no hay peces en este lugar?

No sé si es de día o de noche. Durante los últimos cinco o seis días sólo he estado caminando a orillas de este pantano. Una vez, el aroma del agua y las cañas, mezclado con la luz fría del alba, me envolvió por completo. También recuerdo que en otra ocasión el croar de las ranas fue despertando una tras otra las estrellas que se habían quedado dormidas entre las copas cubiertas de hiedra.

Estoy caminando a orillas de un pantano.

Cañas que superan mi estatura cubren, como con cautela, la superficie del pantano. Desde hace mucho tiempo yo sabía que existía un mundo fabuloso más allá de esa tupida cortina de cañas. En este instante, desde aquel apartado lugar me llega a los oídos, sin cesar, la melodía *Invitación au Voyage*. Ahora que la escucho, también creo percibir, en medio del aroma que emana del agua y de las cañas, la dulce fragancia de miel irradiada por la tonada de "La flor de nomeolvides de Sumatra".

No sé si es de día o de noche. Durante los últimos cinco o seis días he caminado en estado de ensoñación entre los árboles cubiertos por la hiedra, añorando ese mundo fabuloso. Sin embargo, es hora ya de tomar la decisión de avanzar hacia el fondo del pantano en busca de "la flor de nomeolvides de Sumatra", pues desde esta orilla sólo se alcanza a vislumbrar la superficie serena del agua entre las cañas. Por fortuna, hay un sauce viejo en medio de las cañas, con la mitad de las ramas a ras del agua. Desde allí me podré lanzar sin dificultad alguna hacia el fondo del pantano, donde me debe aguardar ese mundo fabuloso.

(**"Pantano"**)